



FRENESÍ

Kal-El Bogdanove



Ahora el viento soplab a sus espaldas. Era señal de que le esperaba un buen vuelo. Para Alden Moss aquello era como una bendición, ahí al borde del precipicio, encogiendo los dedos de los pies y dejando que el seco suelo arenoso cayera flotando en pequeñas nubes que se desvanecían en la nada de debajo.

Alden sabía que ahí había suelo. Había caminado por él, se había posado sobre él y se había traído ahí a una chica mona para pegarse el lote. Pero en mañanas como aquella, cuando la luz no había llegado al suelo del desfiladero, le gustaba fingir que no estaba ahí, como si estuviera a punto de lanzarse a dominar un abismo tan infinito como el espacio.

Aún faltaba para el amanecer, pero los primeros rayos del alba se colaban para manchar las nubes de perla y cobalto. Había la luz suficiente para un chico con buena vista. Comprobó una última vez las correas del equipo, tal como su padre le había enseñado años antes, y saltó.

El flujo del viento llenó el ala delta. Las cimas de los precipicios tenían ahora un tono dorado y parecían extenderse eternamente. Un infinito mar fractal de riscos escalonados, cañones en espiral y mesetas marchitas: una maravilla geológica sin igual.

Alden ascendió, rozando los precipicios, saliendo y entrando de la luz del sol como un pez saltando río arriba. Atrás dejaba las preocupaciones de la universidad, sus padres, el proceso de selección para el equipo... el otro proceso de selección. Todo eso quedaba en tierra. Aquí arriba, con el viento entrando con fuerza en sus pulmones, estirando el ala delta y rugiendo en sus oídos... Alden era libre.

El sonido, cuando llegó, apenas se oyó junto al estruendo del viento: un ruido débil y lejano. Y aun así le llegó a Alden hasta la médula de los huesos como ningún otro en sus veinte años.

Tekeli-li.

Aquello no estaba bien. ¡El aire era suyo! Su mente tenía que estar despejada, su corazón libre de congojas: ¡el amo del abismo! Pero el sonido llegó de nuevo, y ahora más fuerte...

¡Tekeli-li!

...por detrás de él. Alden estiró el cuello alrededor, pero tenía el sol a la espalda, y las grandes alas extendidas del ala delta, esas alas que había considerado suyas le parecían ahora insoportables puntos ciegos. ¿¡Qué podía haber ahí arriba con él a esas horas!?

¡TEKELI-LI!

Era el sonido de una pesadilla, de alguna cosa ancestral y sin nombre como surgida de un sueño febril. Se lanzó en dirección al precipicio, desesperado por tocar suelo y aterrizar en su propia cama, empapado en sudor y recordando solo a medias aquel ruido foráneo. ¡Si por lo menos pudiera verlo!

La sombra le pasó por encima y oyó el susurro furioso de unas alas ásperas, un rechinar de dientes y un rumor húmedo de carne trémula estremeciéndose con ansia.

Alden gritó cuando aquello apareció, al contemplar el rostro del terror, las repugnantes fauces con cicatrices de su pesadilla. Y su alarido y el espantoso grito de la criatura se fundieron en un único sonido indistinguible...

¡TEKELI-LI-I-I-I-I!

...hasta que los dientes contactaron con la carne, y el silencio se apoderó del desfiladero.

* * *

—Esta ciudad necesita la industria del turismo.

El alcalde Haskins lo dijo mientras cortaba la punta de un puro de lujo. Rin Shearon asintió educadamente, pero por dentro pensaba: *Dios, lo dice como si nunca antes lo hubiera oído.*

Rin estaba cansada e incómoda. El sudor que se le había formado en la parte baja de la espalda durante la persecución bajo un sol abrasador se estaba enfriando con el excesivo aire acondicionado del despacho, y la pesada bolsa de estimulantes de estraperlo que le había arrebatado al delincuente estaba haciendo que dos de las seis puntas de su brillante estrella de marshal se le clavaran en el pecho. *Una tormenta perfecta de irritación física.*

El alcalde seguía ahondando en su tema inicial, como si ser la marshal de Quijadas desde hacía cuatro años y haber sido anteriormente la hija del marshal durante otros veinticinco no hubiera hecho que Rin fuera consciente de que la única razón de que los visitantes de fuera se molestaran en venir a una pequeña luna rocosa como Choss fuera por la posibilidad de lanzarse por sus pintorescos precipicios y deslizarse por el frío y vigorizante aire de su desierto.

Para los entusiastas del ala delta, Choss era la corona y Quijadas era la joya, hogar de desfiladeros escalonados y afloramientos espectaculares, únicos en todo el sector, el vestigio de algún océano prehistórico ya evaporado.

El principal trabajo de Rin consistía en apartar de los ojos de los turistas todo lo que no encajara en la imagen de localidad turística perfecta. A veces eso implicaba dar caza a algún traficante de estimulantes del mercado negro y lanzarse sobre él detrás del Pack 'n' Jet de Azlup, como hoy.

La mayoría del tiempo implicaba poner multas por exceso de velocidad, fichar a borrachos y alborotadores, y ahuyentar a los adolescentes que subían a los manantiales minerales a por torca de dudosa calidad elaborada en algún garaje.

Era un buen trabajo, y a Rin se le daba bien. No sabía por qué no tenía miedo de plantar su puntiaguda nariz de vaquera en la cara de cualquiera que tuviera pinta de ir a armar follón, pero así era. Tal vez era algo genético. Tal vez cinco generaciones de abuelos encargados de vigilar la ciudad le habían pasado aquel rasgo. Sea como fuera, mientras le sirviera...

El alcalde ya estaba terminando, y ya era hora. Rin le había dado dos mordiscos a un sándwich de ensalada de huevo cuando su ayudante había llamado para decir que el traficante al que

vigilaban había salido. Le encantaba la ensalada de huevo, aunque fuera con karak en vez de pollo, pero dejarla en el plato mucho tiempo no hacía que mejorara.

—Sí, señor, todos nos alegramos de que el asunto se solucionara sin que trascendiera.

—No, señor, no creo que sea ningún tipo de indicio de que algún cártel de drogas haya entrado en Quijadas.

—No, señor, no creo que nadie de la *Gaceta* se haya enterado.

Chorradas.

El calor golpeó a Rin como un puño al salir de la fresca penumbra del despacho del alcalde. Había ido en su viejo y desvencijado VAL a la escena de los hechos, y de allí al garaje, pero lo había cambiado por el crucero para ir a ver al alcalde porque sabía que este odiaría ver el VAL, con sus puertas salpicadas de barro y sus anticuados cañones acoplados, en el aséptico centro de la ciudad. *Con el crucero seguramente no pasaría ni de la primera cañada si tuviera que salir de la civilización*, pensó cansinamente al subirse a él.

Recorrió dos manzanas, pasando ante tres heladerías, una boutique llena de muebles fabricados a mano, un sitio que vendía quesos artesanales y una tienda que ofrecía "auténtico hummus protoss " (lo cual era una tontería, como Rin sabía, ya que los protoss no tenían una maldita boca). Entonces llegó la llamada.

—Aquí Shearon —dijo Rin mientras tocaba la pantalla de vídeo. Apareció la cara amable de Rita, una de sus dos ayudantes.

—Eh, R. He recibido una extraña llamada de Dolly Juárez de Alquileres Cara Norte. Parece que han tenido algún tipo de accidente. Está muy alterada.

El estómago le dio un vuelco a Rin. Era irónico: lo único a lo que Rin le tenía realmente miedo eran los malditos precipicios por los que la ciudad era famosa.

Por un poco de dinero tú también podrías subir, lanzarte y planear disfrutando de la vista de los desfiladeros más bonitos de Choss. *Por mí ya se los pueden quedar*, pensó Rin. *Brr.*

Se sobrepuso al estremecimiento de miedo y cambió de sentido. —Gracias, R. Voy para allá. ¿Te imaginas el ataque que le dará a Haskins si la ha palmado algún ricacho de los que se tira por ahí? No sé si podré aguantar el discursito de 'Esta ciudad necesita la industria del turismo' dos veces el mismo día.

—Buena suerte, marshal.

* * *

El ala delta estaba destrozada, pero el cadáver estaba peor. Mucho peor. Dolly Juárez estaba muy afectada, así que fue el encargado de aparejos, Dium Flecc, quien condujo a Rin por el sinuoso camino de mantenimiento hasta donde estaban los restos.

Rin sintió que los dos mordiscos del sándwich de huevo, karak y mayonesa se le revolvían en el estómago. Intentó fingir que era la visión del cadáver lo que la mareaba, pero era la inmensa caída a solo un metro de distancia. El precipicio seguía subiendo aún más, imponente, y Rin se preguntó por enésima vez: *¿Cómo puede la gente subirse a estos sitios?*

Se puso en cuclillas para examinar la descomunal herida en el pecho del cadáver. Había caído y rodado bastante, pero estaba claro que el daño principal era la enorme punción torácica.

—Por amor de Dios, Dium. ¿Nadie vio nada?

—Alden Moss era cliente habitual. Un chico rico. Estrella del equipo universitario. Iban a elegirlo el primero en el *draft* de este año. Dicen que los Asteroides y los Tigres llevaban un mes peleándose por él extraoficialmente.

Rin contempló el cuerpo retorcido. *No más pases largos. No más fiestas con barriles de cerveza y universitarias monas. No más tantos. Qué desperdicio.*

Flecc prosiguió: —Se había tirado por todo el sector. Venía aquí en verano con su padre desde que era un renacuajo. Joder, Dolly tiene un balón con su firma en el escritorio. Alden no ha necesitado un guía desde hace años. Subía desde la estación a primera hora... No sabríamos que se había ido de no ser por el estante vacío en la caseta del equipo.

—Tú hace mucho que te tiras en ala delta. ¿A ti qué te parece? —preguntó Rin, levantando delicadamente un miembro con la pluma del bolsillo de su camisa.

—Si el amortiguador falló y topó con una fuerte cizalladura como las de Zeph III, puede haber chocado contra las rocas. La caída explicaría los desperfectos en el ala delta, huesos rotos y los cortes profundos. Pero nunca he visto a la gravedad causar una herida como *esa*.

—¿Y dónde está la sangre? —dijo Rin—. Aunque se hubiera quedado enganchado en algún sitio y goteado un rato, algo habría aquí. Pero no hay nada.

—Es como si algo lo hubiera sorbido como un paquete de Qwenchers. —Flecc se rascó la cabeza calva, morena de tantos años a la intemperie—. Puede que unos murciélagos de caza encontraran el cadáver...

—Serían un montón de esos bichos para dejar a alguien tan grandullón así de seco. Y a menos que hubiera salido antes de que la luna se pusiera...

Esto tiene toda la pinta de ser un problema muy gordo, pensó Rin, y apenas lo hubo pensado Flecc le dio la razón pese a no haber dicho ella nada.

—Marshal... Solo estuve en el servicio militar durante un periodo y me lo pasé dirigiendo entrenamientos de salto. Nunca llegué a ver un xeno en directo. Pero vi los vídeos educativos en la instrucción básica y en ellos solo vi *una* criatura que pudiera hacer un boquete así...

Toda la pinta, pensó Rin. —Dee... ¿te llevaste algún tipo de armamento cuando te licenciaste?

—Me llevé un fusil torrente. Un SR-8. Puede reventar a un jabalí de pradera cuando salgo a cazar los fines de semana.

—Casi mejor que lo tengas a mano cuando guées a tus grupos, ¿vale? —dijo Rin mientras se impulsaba con los talones y se ponía en pie, lejos del hedor del chico muerto.

—¿Crees que *es* un xeno? —preguntó Flecc.

—No importa lo que yo crea —dijo Rin, evitando mirar el desfiladero—. Importa lo que pueda hacerle creer a Haskins.

* * *

—Ni hablar.

La tez del alcalde pasó de un tono amarillento a otro más rosado. *¿Cómo consigue estar siempre pálido cuando los demás tenemos que ir a tratarnos de un cáncer de piel cada diez años?*, se preguntó Rin.

—¿Cerrar los desfiladeros en la semana del Día Inaugural? ¿Y por qué no le prendemos fuego al erario municipal y acabamos antes? 'Mutaliscos en los desfiladeros'. ¡Ridículo! ¿¡Qué tenemos aquí en Choss que pudiera atraer la atención de los zerg!?

—Quizás quedaron algunos de cuando los problemas. —Rin odiaba la expresión simplona que usaba la gente del lugar para suavizar lo que el resto del maldito sector llamaba apropiadamente "la guerra".

Rin sabía que los chossitas habían tenido suerte, relativamente hablando. Los militares habían establecido una estación intermedia en el desierto y habían acabado en una especie de disputa por ella con los zerg. La cosa duró tal vez un mes. Fue al otro lado de la luna y básicamente lo único que le costó a Quijadas fue el padre de Rin.

Como ellos no perdieron nada y ella perdió mucho, que los lugareños lo ocultaran todo con un eufemismo la irritaba. A veces disfrutaba llamándolo por su nombre, pero hoy le parecía que ya tenía suficiente complicación con el alcalde.

—Tonterías. ¡Los problemas tuvieron lugar muy lejos, en Bim Battum! Tres equipos de soldados de saneamiento dieron una batida por esta luna que ya se comió buena parte del presupuesto municipal. Choss es un destino turístico certificado.

Rin respiró hondo para no caer en la tentación de estrangularlo. —No soy experta, pero dicen que los mutaliscos tienen mucho más de bicho que los demás bichos. Van adonde el Enjambre les dice que vayan, pero a veces van adonde sus pequeños cerebros de insecto les dicen que se está bien.

—No pienso quitarles el pan de la boca a mis electores por un accidente con un ala delta. La gente firma formularios cuando sube ahí arriba. Contacte con la familia. Métalo en una caja criogénica. Y no se hable más del asunto.

* * *

Pero se habló. Las tres siguientes muertes llegaron dos días después, toda una familia sorprendida en pleno vuelo. A Rin le contó la historia el pobre Dium Flecc, entre gritos ahogados de dolor mientras la sangre ácida le corroía lo que le quedaba de brazo. Se había traído el fusil torrente y había disparado, pero no había tenido el buen juicio de no ponerse debajo de aquella cosa al hacerlo.

La sangre de mutalisco se vuelve altamente corrosiva al exponerse a la atmósfera, pensó Rin. Había entrado en hipernet y había indagado sobre ellos la noche posterior a su fallido intento de convencer al testarudo del alcalde. La información al respecto era sorprendentemente escasa, pero Rin se había enterado de *aquella* perлита antes de que Rita llegara en el primer turno y la instara a irse pitando a casa.

El alcalde Haskins no había dicho ni mu desde que entró en la sala. Había pasado de un tono pálido a un tono pálido verduzco y procuraba mirar adonde fuera menos a Flecc.

—Se los llevó volando. Dios, Rin. ¡Se fue sin más! —gimió Flecc.

—Hiciste todo lo que podías, Dee. Yo debería haber estado ahí.

Y tal vez debería haber estado, pensó Rin, *aunque a saber de qué habría servido yo, intentando plantar cara a un monstruo en ese maldito precipicio.*

El doctor Beele le dio algo a Flecc y este cayó poco a poco en una plácida inconsciencia. Cuando Beele se disponía a realizarle una amputación limpia con láser, Rin se volvió hacia Haskins.

—Usted y yo mejor damos un paseo.

En el exterior, el aire limpio e intenso se llevó el olor acre de la microcirugía de Beele, y Rin lo aspiró agradecida. Haskins jadeaba como si acabara de correr una maratón.

—Necesitaré una conexión con Strong dentro de una hora. No esta noche, no mañana por la mañana. Una hora —dijo Rin.

Haskins asintió con la cabeza con tanta fuerza que parecía que se le iba a salir mientras Rin continuaba: —Es nuestro maldito representante en el Dominio. Y se va a pegar un hartón de representarnos.

* * *

Strong, o "fuerte", era, en opinión de Rin, el nombre menos apropiado que el representante de Choss en el Dominio pudiera haber tenido. Cumplía en torno a un cinco por ciento de lo que

prometía, y eso en el caso de Quijadas, que era crédito por crédito la localidad más rica de Choss. Rin temblaba solo de pensar cómo sería su historial con Zeb, el pueblo de ranchos a diez kilómetros al oeste, donde vivía la mayoría del personal de mantenimiento de los centros turísticos.

Pero Rin había hecho hincapié en la importancia vital de la situación y Strong había prometido enviar ayuda del Dominio en el carguero de la mañana siguiente. Y en buena hora: la noche había traído otro ataque, más cercano a la ciudad.

Rin debería haber sabido que no podía fiarse de Strong. Cuando aquel ratón de biblioteca de 45 kg vestido con una americana de lana (*¡Lana! ¡Para el verano de Choss!*) la saludó mientras desembarcaba, Rin incluso se inclinó hacia un lado para ver si tal vez las torretas de misiles trueno que había pedido estaban saliendo en palés *detrás* del cerebritito.

—Usted debe de ser la marshal Shearon —dijo él, antes de hacer una pausa—. *Marshal Shearon*. —Pronunció las palabras tranquilamente—. Cuánto 'sh' que hay ahí. —Luego, tras considerar satisfactorio el nombre, le tendió la mano—. Brad Champlain, Operaciones Especiales de Investigación. Tengo entendido que tienen ustedes un problema de mutaliscos.

Rin resistió el impulso de gritar. —Eso es quedarse corto, Sr. Champlain. No se lo tome a mal, pero digamos que esperaba que usted fuera un gran surtido de misiles tierra-aire.

—¿De veras? Lo siento, marshal: en el OEI nos tienen bastante aislados de todo eso... Mmm, ¿podría convencerla para continuar nuestra conversación en algún lugar con aire acondicionado? Me temo que tal vez no haya venido totalmente preparado para el calor de su luna.

* * *

—¿Es experto en mutaliscos?

Estaban en el Club Agave, con vistas al campo de golf. Se encontraba cerca del puerto estelar, tenía aire acondicionado y a Rin le gustaban los sándwiches de ensalada de huevo que daban ahí. Con pollo de verdad, importado. Normalmente no se lo podía permitir con su paga, pero siendo un almuerzo de empresa...

Champlain profirió una educada risita ahogada. —Si se puede ser experto en mutaliscos, supongo que entonces sí, lo soy. Tienen fama de ser unas criaturas muy difíciles de estudiar.

Virgen santísima, pensó Rin, sonando como su madre e importándole apenas lo que le decían. —Pero podrá ayudarnos a deshacernos de nuestros mutaliscos...

—Tal vez a largo plazo. Verá, la razón de que el mutalisco sea un enigma es que resulta imposible realizarle un examen físico completo. El mutalisco está lleno de un icor viscoso que se descompone en un revoltijo fluoroantimónico cuando el caparazón del animal está en peligro. Básicamente, el mutalisco se disuelve antes de que se pueda llevar a cabo un examen concienzudo.

—Genial. ¿Cómo puedo hacer que se disuelvan solos? —preguntó Rin.

Champlain se encogió de hombros. —Líquide al animal.

—O sea que su consejo como experto para matar a los mutaliscos es que “los mate”. Doctor...

—Prefiero “profesor”.

—...no sé dónde encontrarlos. Puede que haya hasta diez de esas malditas cosas por ahí...

—Oh, cielos, no.

Rin comenzaba a perder la paciencia. —Sí. Vi las imágenes de las cámaras de seguridad de Cara Norte. Por lo menos había cinco...

—No, no lo entiende. Lo que intento decir es que si vio un grupo de caza de cinco mutas dos veces en el mismo lugar y en ese número de días, eso es que hay una espiral a menos de 120 km de ese sitio.

—¿Una espiral?

—Un *nido*, marshal. Hablamos de una nidada de sesenta o más.

Rin sintió el nudo en el estómago que normalmente asociaba a los precipicios. —¿¡Sesenta!?! Sesenta mutaliscos dispuestos a comerse mi ciudad y lo envían *a usted*, un tipo que —no se ofenda— no tiene pinta de haber empuñado nunca pistola.

—No me ofendo. En realidad me enorgullezco.

—Lo siento. Voy a tener que buscar ayuda en otra parte — suspiró Rin.

—Si pretende exterminar una espiral de sesenta mutaliscos, supongo que sí. Si han comenzado a atacar a la gente es que han acabado con las poblaciones locales de los animales que cazan. La situación solo puede ir a peor. Espero que me permita quedarme a estudiar su nidada. Ayudaré en lo que pueda. Soy *muy* consciente de que estas criaturas son peligrosas.

—Gracias, Doc.

—Profesor —respondió él jovialmente, y dio un bocado a su tortilla de patatas.

(Karak, aunque nadie lo diría, con todos esos condimentos).

Rin contempló su ensalada de huevo. Tenía un aspecto tan apetitoso hacía cincuenta y cinco mutaliscos.

Mierda, pensó.

* * *

—¿Sesenta? —preguntó Rita.

Rin había vuelto a la oficina tras interminables deliberaciones con Haskins y el concejo municipal y había encontrado a Rita terminando el boletín informativo que Rin le había pedido. *Da gusto saber que puedo contar con alguien*, pensó Rin.

Rin se desabrochó el arma, la metió en el cajón de su escritorio y se dejó caer sin miramientos en la silla junto a su amiga y ayudante.

—Champlain dice que seguramente lleven ahí desde la guerra, alimentándose de murciélagos de caza y tal en los desfiladeros más profundos. Supongo que tal vez tenga razón. Estábamos *justo* en pleno ciclo húmedo cuando se produjo la batalla. Ya sabes cómo se multiplican los murciélagos de caza cada cinco años o así. Pero con la sequía de estos dos últimos años...

Rin se perdió en un suspiro. *Jodidos por el tiempo. Podría haber protegido mejor la ciudad de haber sido meteoróloga.*

Rita la miraba, esperando a que acabara.

—En fin, dice que si nos quedamos en casa y lejos de los desfiladeros, estaremos a salvo durante unas cuantas semanas más. Pero al ritmo al que se van acercando... Vamos a evacuar Cliffside Rest.

—Dios, Haskins se estará subiendo por las paredes. Y cuando pasen esas semanas, ¿qué?

Rin extendió las manos. —Necesitamos potencia de fuego. Los del Dominio son más inútiles que una trampilla en un bote de remos. No admitirán que sus equipos de saneamiento la cagaron. Nos harán falta mercenarios. Pero si metes mercenarios en una ciudad como esta, ya no te los quitas de encima.

—¿Ni con una marshal tan dura como tú, R? —dijo Rita guiñándole el ojo.

Rin sonrió y se volvió para mirar a su amiga. —Ni así.

Cuando Rin era la ayudante más inexperta del cuerpo de su padre, Rita era una joven veraneante que servía sándwiches de dos pisos en el Agave y se pasaba las tardes planeando sobre los acantilados mientras vencía su fondo fiduciario.

Se habían conocido cuando Rita llamó para informar de una pelea entre un par de comerciantes borrachos. Rin y el viejo Arco Bousquette fueron los agentes del orden que acudieron.

Rita era la hija de unos aristócratas que habrían preferido que su niñita hubiera sido el centro de atención en un baile de debutantes en vez de la contundente estrella del equipo de lacrosse. Rin era la hija de un marshal imperturbable que la había criado sin que pareciera haberse dado cuenta alguna vez de que no era un niño.

Las dos chicas formaban la típica extraña pareja: la elegante Rita con sus tirabuzones rojizos y su piel aceitunada, y la tosca Rin con su pelo rubio que a ella le parecía una sábana desgastada y una tez clara que se quemaba una y otra vez y nunca parecía broncearse.

Pero Rin y Rita se hicieron amigas enseguida, soportando las innumerables bromas que durante años les hicieron chicos que les decían que ellas dos eran "las erre que erre". Al final las dos acabaron haciéndose suyo aquel apodo tontorrón.

Cuando las cosas explotaron finalmente entre Rita y sus padres, fueron Rin y su padre quienes la acogieron y le dieron trabajo en el modesto cuerpo.

Al morir el marshal Shearon sénior, fue Rita quien sacó a Rin del pozo.

Cuando toda la familia de Rita fue exterminada en una incursión zerg, sin haberse llegado a reconciliar con su hija, Rin le devolvió el favor.

Y cuando abandonaron al primo de cinco años de Rita, Jasper, en la puerta de su último pariente vivo, Rin corrió a ayudar a su amiga a criarlo.

Como cualquier buena chica de Choss, Rin había tonteado con veraneantes guapos, pero ninguno había cuajado. Quienes sí habían cuajado eran Rita —más unida a ella que una hermana— y Jasper, que para Rin tenía menos de hijo que lo que ella lo había tenido para su padre, pero, al igual que este, no parecía darse cuenta de ello. Era una familia pequeña y singular, el huérfano y las dos agentes del orden, pero era lo único que Rin tenía.

—¿Qué me dices de tu amigo Pearly? —preguntó Rita—. ¿No está en un grupo de mercenarios?

—R, está en los Asaltantes de Raynor. No hacen visitas a domicilio para ir a pisar un hormiguero.

Rita se quedó callada por un momento.

—¿R? —Rin titubeó—. No dejes salir a Jasp durante un par de días. Alquila unos cuantos holovideos o algo.

Rin vio a Rita asentir con la cabeza en la luz tenue de la lámpara de escritorio. Se quedaron un rato en silencio. Luego, cuando Rin pensaba en dejarlo por aquella noche, Rita añadió: —Es que pensaba que quizás Pearly podría conocer a alguien. Tiene contactos en el mundo.

* * *

—Que me aspen, si es la chiquitina de Rhett Shearon. ¿Cómo te va, marshal?

—Menos coñas, Pearly. Estamos en un buen lío, aquí. Mutaliscos —dijo Rin, mirando cómo parpadeaba el monitor, que intentaba soportar la matriz de decodificación que había tenido que introducir para recibir una señal clara desde el *Hyperion*.

—¿¡Mutaliscos!?

—De momento se limitan a nuestra zona, Pearly. Pero serán un problema para Cliffside Rest.
—Toda la familia de Pearly —incluido el viejo Arco, ahora que se había jubilado— vivía en Bim Battum, al otro lado de Choss. Rin sabía que la primera preocupación de Pearly serían los suyos, y luego el intrincado hotel ubicado en la cara de un precipicio, que había construido en los desfiladeros de Quijadas antes de irse a combatir.

Le explicó los detalles de la situación y Pearly escuchó con aquella atención profunda que lo convirtió en el mejor amigo de su padre. Cuando terminó, se recostó de nuevo en su silla, a años luz de distancia, y respiró hondo.

—Conozco a un hombre que podría, *podría*, ayudaros. Si me lo pides, me pondré en contacto con él justo después de desconectar contigo. Pero debo advertirte, Rin: si contratas a este tipo para matar a esos bichos, eso es lo que hará. Sin dejar ni uno. Si dejas que algo se interponga en su camino, seguramente pasará por encima. ¿Lo entiendes? —Pearly se inclinó hacia la cámara para dejarlo claro.

—Suenas como caído del cielo, Pearl.

—De acuerdo. Se llama Breg Shaw. Espéralo para el viernes.

* * *

Breg Shaw llegó a Quijadas hacia el final del miércoles en un transporte destartado que hizo que Rin se replanteara su decisión. Haskins tenía aspecto de haber olido algo desagradable. Pero tampoco es que hubieran tenido mucha más opción. Habían sufrido dos muertes más desde que Rin cerró su conexión con Pearly y la ciudad estaba nerviosa.

Cuando el polvo se asentó, entraron en el hangar al encuentro de su mercenario.

Shaw era un hombre brusco y arrugado con unas cicatrices bien visibles, como si un escultor inexperto lo hubiera tallado de un bloque de madera nudosa. Los recorrió de arriba abajo con los ojos entrecerrados, profundos.

—¿Eres la marshal? —Lo escupió como una motosierra con mal genio.

—Katrín Shearon.

No me gusta, pensó Rin. Rita diría que era porque no le caía bien la mayoría de gente. A Rin aquello le parecía injusto: le gustaba la gente que valía la pena. Pero no importaba: si Shaw era capaz de hacer el trabajo, no tardaría en ganarse su simpatía.

—Entonces tú eres el político —continuó Shaw, como calando a Haskins.

Haskins sonrió como si hubiera mordido una rosquilla y hubiera descubierto que era en realidad una barra de jabón.

—Y tenéis un problema de mutaliscos que queréis que os solucione. Lo haré. Treinta mil, más los gastos de mantenimiento de mi equipo. El cielo volverá a ser vuestro.

—¿Puede hacerlo? —preguntó Rin.

—Oh, sí.

—Por desgracia, Sr., ah, Shaw, no es a nosotros a quienes tiene que convencer. —Haskins había elegido aquel momento para recuperar la voz. Tras un pequeño acceso de tos flemática, prosiguió: —Un gasto de esta magnitud tiene que ser aprobado por los concejales. Bueno, hemos convocado una reunión urgente cuando Liddy, aquí en el puerto, ha detectado que ya estaba usted llegando. Vamos a reunirnos en el ayuntamiento...

Shaw se sonrió. Sus ojos, observó Rin, siguieron serios, y su voz sonaba lenta como un motor al ralentí.

—Cinco muertos, y le preocupan los concejales...

—Seis —interrumpió Rin.

Shaw soltó un “¿Eh?”.

—Seis muertos. Perdimos a dos mientras usted venía hacia aquí.

—¿Dónde está vuestro maldito ayuntamiento? —espetó, acelerando la motosierra.

—En el Centro Green, todo recto por la calle principal. Lo llevaré en el crucero.

—Quédate tu crucero. —Se dio la vuelta y volvió a su nave dando grandes pasos.

Rin le lanzó una mirada desconcertada a Haskins. *Hay que ser muy capullo para hacer que me ponga de parte de mi jefe*, pensó.

Se oyó un runrún chirriante dentro del transporte. Una gran puerta comenzó a abrirse en el compartimento de carga.

La puerta se deslizó por completo y de repente Rin estaba mucho menos preocupada acerca de las habilidades de Shaw.

Del transporte salió el goliat de aspecto más letal que Rin hubiera visto jamás, con Shaw al mando. En el lateral ponía *Matamoscas I*.

En realidad Rin nunca había visto un goliat en persona, pero el caminante ocupaba un lugar destacado en los artículos sobre defensa contra mutaliscos que había leído desde la muerte de Alden Moss. Había visto fotos, pero ninguna se parecía mucho a aquello.

Shaw había sustituido los dos cañones automáticos de tubo liso habituales por ametralladoras tipo Gatling con brazos articulados y espuelas alimentadoras y todo. A Rin le daba la impresión de que serían efectivas contra objetivos aéreos. Shaw también había logrado meter un par de bastidores de misiles del DUT. Y en lugar de la ametralladora de colisa montada de serie en los bajos, había apañado...

¡La hostia, es el láser explosivo de un espectro! ¡¿Cómo lo habrá hecho para que funcione!?

Pero antes de que pudiera plantear la pregunta, el goliath de Shaw había salido del hangar y se dirigía hacia ella a toda velocidad.

¡Joder!, pensó Rin, y corrió hacia el crucero.

* * *

Por lo visto Shaw no creía en los límites de velocidad, porque Rin había tenido que forzar su crucero camino del centro de la ciudad, sintiendo cómo su pequeño y delicado vehículo (construido para lucir en mundos menos duros) gemía y temblaba a aquella velocidad de vértigo.

Pero Rin y Haskins llegaron sin percances. Habían llegado a tiempo para ver a Shaw aparcar ruidosamente frente al ayuntamiento, y para ver cómo le daba a la bocina, hecha para llamar la atención en pleno combate, no para arruinar la tranquilidad de una minúscula localidad turística en medio del desierto.

La gente salió en tropel del ayuntamiento y de detrás de los cuidados setos que cercaban los balnearios y las pistas de tenis. Concejales, ciudadanos preocupados y muchos, muchos turistas: todos ellos se agolparon en la plaza. Muchos parecían irritados por el jaleo. Otros simplemente miraban con aire curioso.

Shaw saltó de su vehículo y comenzó a hablar.

—Me llamo Breg Shaw —dijo—. Soy un cazador de mutaliscos. He destruido más de treinta espirales personalmente y he participado en la destrucción de centenares. Si me dejáis, resolveré vuestro problema de mutaliscos.

La muchedumbre murmuró.

—¿Cómo sabemos que no vas de farol? —gritó alguien.

—Me pagaréis cuando haya terminado el trabajo. Podéis hacer que supervise el proceso quien más os guste.

El murmullo del gentío sonó ahora más fuerte, en tono de aprobación, y esta vez habló uno de los concejales.

—¿Le llevará mucho tiempo detener a estas criaturas?

—Tardaré tal vez una semana en localizar vuestra espiral...

—¡No tardará eso!

Todo el mundo se giró para mirar a Champlain, que se subía las gafas con el dedo (*¿En serio?*) y se explicó. —No tardará una semana. Tengo mis instrumentos en los desfiladeros y he estado

grabando los patrones de vuelo de los mutaliscos. He identificado un vector de asentamiento bastante confinado.

Shaw se quedó mirando, sorprendido de que lo hubieran interrumpido, y más bien alucinado al descubrir el origen de la interrupción.

—Lo que quiero decir —terminó Champlain—, es que yo puedo llevarlo hasta la espiral.

—¡Perfecto! Perfecto. ¡Se llevará a nuestro experto en mutaliscos del Dominio y solucionará nuestro problemilla! —Haskins estaba exultante.

Ahora que los concejales están de acuerdo, ya se ha quitado toda preocupación de encima, pensó Rin.

Shaw hizo una especie de chasquido con la lengua. Y antes de que pudiera seguir protestando, Rin se oyó a sí misma diciendo...

—Yo también voy.

* * *

—¡Pero...! ¿por qué?

Rin se había apostado a que Jasper se opondría, y ahora se debía una cerveza a sí misma.

El chico acercó su cara enrojecida. Jasper se parecía un poco a Rita, pero el gesto era puramente Rin, y esta lo vio tan claro como si se mirara en un espejo. Rin se sintió halagada y a la vez desconcertada.

—En caso de que ese tal Shaw no cumpla, alguien de aquí tiene que ver a qué nos enfrentamos, estar ahí para tomar decisiones difíciles por el bien de la ciudad, chavalín.

—¿Pero por qué tienes que ser tú? —preguntó Jasper.

Rin suspiró y rodeó los hombros del chico con un brazo, como en los abrazos laterales al estilo "ven conmigo" que su padre le había dado tantas veces. Inspiró profundamente y lo soltó muy despacio.

—Es mi ciudad.

* * *

—Tendríamos que ir las dos juntas —refunfuñó Rita—. ¡Las R que R pateando traseros!

—Rita —dijo Rin—, piensa en lo que pasaría si una de esas cosas, una sola, llegara a la ciudad. ¿De verdad quieres que el único agente de la ley a mano sea Keith?

Rin intentaba reírse de aquello, pero Rita vio más allá de la broma y la miró a los ojos.

—R... si te mueres ahí fuera... te *mato*.

Rin sonrió. —Cuídate.

* * *

Champlain ya lo tenía todo a punto cuando Rin paró su viejo VAL al amanecer del día siguiente. Shaw y Champlain se habían pasado casi toda la tarde atornillando la cápsula científica del profesor al *Matamoscas*, en la popa del cuerpo, por detrás y debajo de los misiles, donde más a salvo estaba. Ahora colgaba ahí como si el goliath llevara una mochila. Un pequeño asiento auxiliar con laboratorio.

—Esa maldita cosa me quitará un cinco o diez por ciento de velocidad punta al avanzar —gruñó Shaw.

—Solo tiene que decirle a la consola de mando que transfiera el veinte por ciento de la energía de las plataformas giratorias de los misiles gigantes al andar. Eso no interferirá con la cadena de transmisión. Puede dejarme en el suelo cuando avistemos la espiral y recuperará toda su capacidad de combate —dijo Champlain.

Shaw arqueó una ceja. —Con eso bastará.

—Buenos días, chicos —dijo Rin—. ¿Listos para salir?

—Me pregunto si *tú* lo estás, marshal —dijo Shaw con aprensión y mientras este se subía a la silla de mando, Rin vio cómo Champlain ponía los ojos en blanco.

Al cabo de poco, el extraño trío avanzaba lentamente hacia el desierto, con el VAL de Rin siguiendo a aquel goliath de inusual equipamiento al calor del día.

* * *

—En realidad era mi segundo doctorado. El primero fue en química orgánica. Pero aquello derivó de un modo natural hacia la xenobiología. Ya sabe cómo va eso: si un científico pretende tener algún impacto en el sector Koprulu, más le vale implicarse en la campaña bélica.

Rin sonreía escuchando a Champlain divagar en la pantalla de vídeo.

—Doctor, tengo que preguntárselo: ¿para qué narices lo enviaron aquí? Si quiere observar el comportamiento de los mutaliscos... medio sector está a reventar de ellos en estos momentos. Comparado con eso, nuestro problema es insignificante.

—*Profesor* —resopló Champlain—. Fui yo quien solicitó que me asignaran la misión. Creo que su espiral podría ser el lugar perfecto para que encuentre mi gran pez.

—Un momento, rebobine —suspiró Rin.

—Bueno, ya sabe que los zerg son adaptables: su código genético es más una serie de directrices que de reglas, si sabe a qué me refiero...

—Use términos sencillos y ya veré si puedo seguirlo —bromeó Rin, incapaz de resistirse a tomarle el pelo.

—¡Ah! Oh... perdone. Bueno... los mutaliscos están entre las subespecies zerg más adaptables. Su capacidad para volar sin ayuda en el vacío del espacio o para usar su evolucionado tracto reproductivo como arma ofensiva... El mutalisco ha desarrollado unas características fascinantes sobre las que apenas sabemos nada.

Hacen que sean peligrosos, pensó Rin. Eso sí lo sabemos.

Champlain prosiguió: —Una de las adaptaciones que los mutaliscos pueden desarrollar es una tolerancia natural al icor corrosivo de sus compañeros de espiral... Imagine que estuviera usted en peligro de disolverse cada vez que su hermanito se cortara con un papel. No irían a ninguna parte.

Rin se maravillaba del entusiasmo que desprendía Champlain disertando sobre su campo de estudio. *Tendría su gracia, pensó, si no estuviera hablando de despiadados bichos voladores que engendraban larvas parásitas y sangraban ácido.*

—Los mutaliscos desarrollan su tolerancia como respuesta a una exposición reducida —continuó—, pero nunca quedan lo suficientemente inoculados para que el cuerpo resista el drenaje corrosivo resultante de la muerte y la disección. No viven lo bastante para desarrollar tanta tolerancia.

—¿Por qué no? —preguntó Rin.

—Porque la mayoría de mutaliscos apenas demuestran instinto de preservación. No está en su naturaleza prolongar sus propias vidas; lo que los impulsa es la preservación de la vida de la espiral. Pero de vez en cuando —y hablamos de un mutalisco entre millones— nace uno con ese instinto intacto. Estos mutaliscos viven años más que la media. Tengo la teoría de que, de tener el tiempo suficiente, un mutalisco longevo desarrollaría suficiente tolerancia a sus propios fluidos como para que sus tejidos resistieran una muerte violenta y la posterior disección. Lo llamo la *Teoría del mutalisco práctico*... mi gran pez.

—¿Y cree que en nuestra espiral es probable que encuentre uno? —preguntó Rin.

—Una luna apartada, una infestación no estratégica, comida abundante... Estos mutaliscos se buscaron esta espiral oculta después de que el Dominio destruyera las dos únicas colmenas conocidas en Choss, y además lograron pasar inadvertidos durante tres intentos de saneamiento adicionales. Son buenos candidatos. La geología natural de la región —sus precipicios, altiplanicies y tal— hace que les resulte fácil evitar ser detectados. ¡Es aquí donde un mutalisco podría sobrevivir —prosperar, incluso— y aprender a pasar desapercibido y a ocultar su nido!

—¿De veras cree que saben lo bastante como para comprender todo eso? —preguntó Rin.

—Una de las razones por las que son tan fascinantes, marshal, es que es difícil decir de forma precisa qué saben y qué no. —Champlain sonrió.

—Ya os vale a los dos. —Hacía tanto rato que Shaw no hablaba, que Rin casi había olvidado que estaba ahí. Ahora que los había interrumpido, podía ver su expresión despectiva en la pantalla de video; el gran angular de la cámara minúscula del asiento de mando le hinchaba las cicatrices de una forma grotesca—. ¿Creéis que esto es una especie de salida de estudios? ¿Pensáis que os agenciaréis un mutalisco como si nada, que lo pondréis quizás en una cajita con un alfiler y un algodón? —Cada una de sus palabras desprendía desdén—. Si algo es un mutalisco, es un asesino. Es la bestia más vil, más *mortífera* que el diablo ha escupido jamás en este o cualquier otro sector. ¡No tiene ni una parte que no pueda usar para matar!

—¡Que es precisamente la razón por la que es tan importante que lo estudiemos! —Champlain saltó a la defensiva—. Cuanto más comprendamos sobre estas criaturas, mejor nos podremos proteger contra ellas. Si hacemos esto bien, el próximo pueblecito que se enfrente a una infestación puede evitar la pérdida de vidas...

—¡Silencio! ¡Los dos! —La atención de Shaw se desvió al instante, pasando de pronto a una intensidad absoluta. Apagó el motor de su goliat, y Rin siguió el ejemplo y apagó el VAL.

—¿¡Qué!?! ¿Qué pasa? —preguntó Champlain.

—¡Cierra la boca y abre los ojos! —berreó Shaw—. Ahí arriba, en la colina...

Shaw tecleó en su consola y un segundo después apareció con un pitido un punto intermedio en el visor de Rin. Esta sacó unos prismáticos y miró al punto que él le había señalado.

Había tres mutas pegados a un enorme jabalí de pradera, absorbiéndole la vida con glotonería. Rin oía ahora los chillidos, agudos, débiles y aterrados. La propia Rin había abatido a un buen número de jabalíes de pradera —unos bastardos duros y *cruels*, del tamaño de un rinoceronte, dispuestos a cornearte nada más verte— pero de repente sintió una punzada de simpatía por aquella bestia.

—¿Lo ven? —susurró Champlain—. Estos mutas deben de tener una profunda necesidad de sustento *líquido*, ya que el organismo de alimento simbiótico, o 'biomateria', del que habrían disfrutado durante la infestación inicial ya se ha resecado a estas alturas hasta quedar en casi nada...

El *Matamoscas* cobró de vida con gran estruendo. Rin oyó a Champlain hacer un ruido como "¡Ugh!" y luego vio a Shaw abalanzarse hacia el cerro.

Los mutaliscos chillaron y alzaron el vuelo. Era la primera vez que Rin oía el sonido, el chirrido legendario y escalofriante de los mutaliscos, robado de las mantis anhimidae de las que los zerg los habían hecho evolucionar, y Rin descubrió que la horrorizaba.

—¡Tekeli-li! ¡Tekeli-liiiii!

Este ruido no debería existir, pensó Rin. Solo debería ser para los condenados.

Los mutas revolotearon un instante y luego se fueron derechos hacia el *Matamoscas*, con sus ovipositorios ondulantes tensándose mientras se preparaban para arrojar un gran número de encrespadas gujas dragón. Por un momento, Rin pensó que Shaw había perdido el juicio y se precipitaba a su perdición...

Entonces oyó las ametralladoras de Shaw girando. El primer mutalisco cayó en una lluvia rociada de sangre ácida a veinte metros de distancia. Luego oyó cómo crepitaba el suelo al caer las gotitas.

Los otros dos siguieron en dirección a Shaw y el *Matamoscas*. Shaw dirigió su siguiente ráfaga a las gujas dragón que salían de las bestias retorciéndose obscenamente. Reventaron emitiendo un siseo bajo la lluvia de balas. Rin sintió una arcada.

El segundo mutalisco ya estaba cerca, con sus mandíbulas chasqueantes y sus púas ansiosas aproximándose al asiento de mando de Shaw. Rin oyó a Shaw gruñir en la pantalla de video y vio cómo le daba un manotazo con la ametralladora, un brutal revés de derecha que mandó al mutalisco contra el suelo... directamente hacia ella.

Con las púas de sus alas, el mutalisco se agarró para dejar de dar volteretas y volvió a elevarse con un salto. ¡Sus ojos redondos y brillantes de xeno se centraron en Rin!

La mayoría de vídeos online sobre mutaliscos se habían grabado desde el aire, documentales granulados y filmaciones militares de entrenamiento. Te hacías una idea del caos de alas en movimiento y la contorsión de sus mitades inferiores. Y, cómo no, Rin había visto diagramas de la anatomía de los mutaliscos. Pero este era el primer mutalisco que Rin veía *frente a frente*, con sus mandíbulas rechinando y sus alas hendiendo el aire.

Rin sintió cómo la invadían el miedo y la repugnancia a partes casi iguales. En lo más hondo de su mente se despertó una minúscula voz de primate. *¡Huye!*, gritaba. *¡Huye o sin duda morirás!* La sensación recorrió todo su ser, y por un instante su mano tembló hacia la palanca de marcha atrás...

Y entonces oyó la voz de Shaw retumbando en la pantalla de vídeo.

—¡Ja, ja! ¡Hijos de puta! ¡Idos al infierno! —Farfullaba y resoplaba en pantalla.

Saliendo de su trance por la impresión, Rin agarró el viejo AGR-14 de su padre, se asomó y le disparó tres cartuchos al mutalisco que tenía enfrente. Este chilló y Rin vio cómo las salpicaduras de sangre caían en el capó del VAL y quemaban el metal haciendo agujeros diminutos.

Shaw ya había despachado al tercer mutalisco y se giró hacia Rin, agarró al segundo mutalisco por la cola y lo estrelló contra una roca saliente con un crujido.

—Espero que seas lo bastante listo para saber lo que viene ahora —gruñó Shaw. Entonces le puso un cañón en la cara al mutalisco...

... y abrió un agujero lleno de ácido en la piedra de detrás.

He ahí un tipo que disfruta con su trabajo. Se fijó en la baba que se le acumuló en la comisura del labio mientras rugía en señal de triunfo. *Tal vez demasiado.*

El suelo hacía espuma al irse formando un charco con toda aquella porquería. Shaw soltó una risa socarrona y le endilgó un gran cartucho a la única y patética guja dragón que había sobrevivido a la embestida. En la pantalla de video, Rin vio a Shaw asomándose en dirección a Champlain. —Y bien, profesor, ¿qué te parece esta “pérdida de vidas”?

* * *

Hacia el mediodía, Rin comenzaba a impacientarse. Se habían encontrado otras dos partidas de caza, una pareja y un grupo de seis, y en cada ocasión Shaw se había burlado de los mutaliscos y se había reído como un poseso al masacrarlos.

—¡Shaw! —Rin gritó a la pantalla de vídeo cuando Shaw terminaba de reventar al último bicho con el láser que llevaba acoplado en la entrepierna. *¡Madre mía!*

—¿Qué pasa, nena?

Rin ignoró el apelativo. —Yo podría haber venido aquí a cargarme mutas sueltos con el viejo AGR-14 de mi padre, pero tenía entendido que usted nos iba a eliminar una espiral.

—Vamos siguiendo el rumbo de tu gran científico. —Shaw se rió con malicia.

—El rumbo es correcto. ¡Si no están a un kilómetro de aquí —justo tras esa colina—, rompo mis credenciales! —dijo Champlain, enfurruñándose—. Además, cada mutalisco muerto cuenta. Está claro que no están criando. No sin un criadero.

Los cazadores avanzaron hacia el cerro, y una vez arriba Rin pudo ver el extenso valle y la enorme altiplanicie que lo dominaba.

—¡Vaya! —dijo Champlain, demasiado cautivado ante aquella grandeza como para seguir de morros.

—Eso es Roca Yunque —explicó Rin—. Choss fue colonizada hace unos cien años por un grupo de personas de esas que querían volver a los orígenes y establecerse en una comuna rural. Se hacían llamar los "Noventa de Anaranjado", aunque eran unos doscientos. Creían que esa roca era una especie de lugar sagrado en el que emprender un viaje espiritual. Que yo sepa nadie ha estado aquí desde el centenario, cuando yo tenía unos diecisiete años...

—¡Miren! —gritó Champlain. Shaw se ladeó hacia la izquierda para mirar colina abajo, y Rin se sacó los prismáticos e hizo lo propio...

Allí, al fondo del valle, oculta a la sombra de la altiplanicie... estaba la espiral.

Era mucho más grande y gruesa de lo que Rin había imaginado, una masa de hueso cartilaginoso anclada con garras y del diámetro de una secuoya que había visto de pequeña en un libro de

fotos digital. El tronco sostenía una bolsa membranosa y palpitante con una abertura circular que respiraba suavemente en la parte superior.

Como el culo del diablo, pensó Rin, escuchando en su cabeza la voz de su padre. *Y es enorme.*

Toda la parte de debajo del saliente de Roca Yunque estaba repleta de alas susurrantes y oviposidores; Rin no podía contar cuántos. Entonces, moviéndose con los ritmos indescifrables que gobiernan una manada, la horda alzó el vuelo.

Eran *muchísimos*, una cacofonía chirriante y aleteante de dientes que rechinaban y apretujadas protuberancias puntiagudas. Llenaban todo el cielo, una aterradora nube de muerte que chillaba "¡Tekeli-li!". *Venid a morir.*

Y cuando la horda absolutamente inmensa se volvió a posar alrededor de la espiral, Rin pensó: *Vamos a necesitar más goliats.*

—Me figuraba que podría ser algo así —masculló Champlain—. Seguramente su Yunque esté surcado de depósitos minerales. Deben de funcionar como la pintura de bolas de ferrita de las antiguas naves espía. No me extraña que no detectáramos esta espiral con los rastreos por satélite, ¡ni que sus equipos de saneamiento no lo descubrieran! Probablemente los mutaliscos se sintieron atraídos por sus posibilidades para establecerse, y dieron con el escondite perfecto por pura suerte.

—Tal vez no fuera suerte en absoluto. Tal vez *querían* esconderse de sus satélites —refunfuñó Rin.

—No, no. Los mutaliscos no pueden comprender conceptos tan complejos como la localización por radar —respondió Champlain.

—¿No decía que era difícil saber lo que entienden y lo que no? —dijo Rin.

Champlain se quedó callado, mirando a la enorme manada hasta que Shaw gruñó: —Vale. Champlain, ahora voy a sacarme tu culo de encima y te vas al VAL con la marshal monina. Vamos a darles para el pelo a estos moscardones supervitaminados.

* * *

Media hora después, Rin y Champlain iban a toda velocidad siguiendo una línea transversal que iba más allá de la espiral. —Haced que tiemble esa maldita cosa —había dicho Shaw—. Dadle caña a esa carraca y pasad cagando leches junto a la espiral. Haced todo el ruido que podáis, ¡y no os paréis!

Rin había discutido con él. Probablemente ese único goliat de Shaw, por más armado hasta los dientes que estuviera, no iba a poder destruir esa espiral gigantesca.

—Tú preocúpate de lo que sabes —le había espetado él—. No son tan difíciles de derribar... siempre que esos malnacidos no estén en casa...

Ahora, mientras Rin aceleraba, el viejo VAL trepidaba por todas partes, pero aguantaba. Champlain iba detrás, toqueteando el voluminoso pedazo de tecno-algo que había insistido en llevarse con ellos.

—¿¡Qué es esa cosa, Doc!?! —gritó Rin por encima del viento.

—Una unidad de dispersión de feromonas sintéticas. Más allá de la distancia del control telepático, creo que los mutas se comunican por el olfato, con diferentes almizcles. He estado buscando y recogiendo muestras. Si nos metemos en apuros, podré alejarlos usando esto. ¡Este almizcle está diseñado para imitar los vertidos de desove de un criadero!

Rin arrugó la nariz. *Puaaaj*. —¿Lo usa a menudo? —gritó de nuevo.

—¡No! —Sonrió con orgullo—. ¡Di con la fórmula la semana pasada! ¡Tengo unas ganas locas de ver cómo funciona!

Genial. Rin entrecerró los ojos y se centró en la tarea en cuestión.

El plan era sencillo. Rin y Champlain alejarían de la espiral al grueso de la horda atrayéndolos con su pasada a toda velocidad. Eso le daría a Shaw la oportunidad de acercarse con el *Matamoscas*, plantar una carga explosiva en lo alto de la espiral, volarla y masacrar a la horda cuando se apelonara para atacar al volver.

—Si puedes hacer que esos cabrones se amontonen, ya has ganado —había dicho Shaw—. No falla.

Rin esperaba de veras que Shaw supiera de lo que hablaba, porque la alternativa era llevar a rastras a una enorme turba de mutas cabreados por el desierto hasta quedarse sin gasolina.

La espiral estaba cada vez más cerca conforme llegaban a la parte llana del valle.

—Caramba —dijo Champlain—, ¡es realmente *grande* de cerca!

Decir aquello era quedarse muy corto. Rin aumentó la velocidad, pero la espiral no parecía estar más cerca, solo se hacía más y más grande.

Cuando el VAL se puso junto a la espiral, Rin pensó *Allá vamos*, e hizo sonar el claxon.

La bocina ensordecedora golpeó el aire del desierto como una maza contra un melón. La horda salió a los cielos de repente con un zumbido atronador, y Rin se fue por el desfiladero como alma que llevaba el diablo.

—¡Mire! Mire! —El tono de Champlain era de un júbilo inapropiado—. ¡Justo delante! ¡El mutalisco práctico! ¡Mire!

Rin aventuró una mirada por encima del hombro. *Mala idea. Muy mala*, pensó, viendo por el retrovisor aquel mar de alas en movimiento y caparazones chasqueantes.

Pero Champlain insistía. —¡Mire, justo ahí! ¿Ve todas esas marcas alrededor de las mandíbulas? ¿Ve la cantidad de estrías en el vientre? ¡Justo delante!

Rin echó otro vistazo. *Joder, es verdad. Menudo hijo de puta más feo.* Rin no hubiera pensado que fuera posible que un mutalisco fuera mucho más desagradable que los que ya había visto, pero aquel bastardo marcado acabó por completo con aquella idea. Dirigía a la enorme horda como el ganso líder en una formación migratoria.

En lo alto del cerro, Shaw puso el *Matamoscas* en marcha y cargó hacia la espiral apenas vigilada. Rin vio al cazador en la pantalla de vídeo, sonriendo como si empezara a meterle mano a su pareja en el baile de graduación.

—¡Algo va mal! ¡Mire al marcado! —chilló Champlain. Rin echó la vista atrás. El líder se había colocado mediante un rizo a una altura superior y había dado la vuelta, y toda la horda giró para seguirlo como una columna de humo arremolinándose en una chimenea.

—No nos siguen —farfulló Rin—. ¡Shaw! ¡Han dejado de seguirnos!

Champlain dio un grito ahogado. —No tendrá tiempo de colocar el explosivo. ¡Mire! ¡Llegarán a la espiral antes que él!

Rin oyó a Shaw comenzar a maldecir cuando la horda regresaba a la espiral. Los mutaliscos llegaron a ella antes de que el *Matamoscas* pudiera hacerlo, y rompieron su formación apelotonada para formar una nube de terror en suspensión.

Rin vio cómo Shaw tenía que dar marcha atrás, lanzando unos cuantos misiles sin puntería a los pocos mutas que lo perseguían.

Bueno, pensó Rin, menudo éxito.

* * *

Aquella noche acamparon en la entrada de una pequeña cueva a un kilómetro de Roca Yunque. Rin comprobó su equipo, deteniéndose por un instante en el lanzagranadas AGG-12 del maletero del VAL. *También de papá, como todas mis armas,* pensó. Se lo había traído sin pensar. *Solo le queda una mísera granada.* ¿Pero cuándo si no iba a usarlo?

Cogió un termo de rica menestra de escaleta que Rita y Jasper habían preparado y la calentó con la prehistórica bobina calefactora del ejército que Shaw guardaba en el *Matamoscas*. Mientras la sopa hervía, se reunieron en torno al resplandor tenue, calentándose los dedos helados.

Shaw había estado callado desde que su plan falló, y seguía ahora en silencio, con la mirada fija en las distancias medias.

Cuando la sopa estuvo lista, se sentaron sin más. Al cabo de un instante, Champlain dijo para sí, "Un momento..." y se puso a rebuscar en su bolsa de herramientas. Tras hurgar un poco sacó una petaca, desenroscó la tapa y dio un pequeño sorbo.

—Me tomé un periodo sabático en Shiloh... Dicen que es el mejor del sector... el whisky, digo.

Se lo ofreció a Rin, quien sonriendo para sus adentros lo aceptó y se tiró un poco en la boca. El suave escozor del whisky de Shiloh le golpeó la lengua y se le propagó por el cuerpo, atajando el frío nocturno del desierto. Rin miró a Shaw y le tendió el licor.

Shaw se quedó mirando la petaca un momento y pareció tomar una pequeña decisión. Extendió la mano, cogió el whisky, olió su aroma, apreciándolo, y bebió un sorbo.

—Hoy habéis estado bien, los dos. Algo los asustó, y no es culpa vuestra. No siempre se sabe qué los hará reaccionar. —Eché otro trago y le devolví la petaca a Champlain. Luego habló—. Los mutas nacen para vivir en frenesí. Frenesí por conseguir comida, frenesí por propagarse. Frenesí por la sangre. Un mutalisco puede oler una sola gota de sangre en el viento a dos kilómetros de distancia.

Rin cogió la petaca cuando Champlain se la pasó, pero no bebió de ella. La luz de la bobina ardía en los ojos de Shaw, profundamente. *Como si viviera en su interior.*

—En cierto modo, ese frenesí los hace parecidos a nosotros. Hay que... aprovecharse de lo que quieren. Mostrárselo. Dejar que lo huelan. Es lo que hace que se pisen unos a otros, que se vuelvan locos y solo piensen en una cosa. Ahí es cuando te los cargas a todos.

Rin sorbió el whisky y sintió que un escalofrío involuntario le recorría la columna. Champlain tenía problemas para aclararse la garganta. —¿Co... cómo aprendió tanto sobre ellos? No... mmm, no todo el mundo sabe lo del modelo conductual paroxístico de Higgs-Davis... Un puñado de colegas míos, tal vez, y... los militares... los que... ya sabe...

Shaw calló un instante mientras aceptaba la petaca.

—Cuando Mar Sara se acercaba a su fin, cuando la situación era desesperada —con los protoss flotando sobre el trozo de cristal que había sido Chau Sara y volviendo su atención hacia su planeta hermano—, se intentó evacuar el planeta. Los dos habréis leído lo que pasó y habréis visto los holovídeos y tal.

Bebió entonces. No un sorbo vacilante, sino un buen trago.

—Yo era SMC en el *Hoosier*, un crucero de batalla con unos mil doscientos hombres. Nos movilizaron de noche para ayudar en la evacuación, sin tiempo para abastecernos debidamente, sin tiempo para recargar el arsenal: que subiéramos a aquella gran lata con lo puesto.

—¿¡Estaba en el *Hoosier*!? —exclamó Champlain antes de que Rin pudiera darle un codazo.

—Salimos a todo trapo con cuatro mil colonos hacia el punto de evacuación, medio esperando que los cañones de iones de los protoss nos atravesaran en cualquier momento. Pero en aquella época no sabíamos mucho de los zerg, no sabíamos que algunos podían volar en el espacio tan fácilmente como en la atmósfera.

El silencio del desierto se había vuelto espeso. Rin era consciente de la respiración de Shaw, de la de Champlain y de la suya, y era como un sonido húmedo, fuerte y poco natural en un sitio donde lo normal era la quietud.

—Cinco mil almas despegaron de Mar Sara aquel día. Cinco mil gritaron cuando nos metimos en aquella nube de mutas.

Hizo una pausa para respirar hondo, una respiración ronca, y Rin volvió a pensar en el petardeo de la vieja motosierra de su padre, hundida en la maleza y quedándose sin combustible.

—Cuatro días después nos recogieron a sesenta y tres en aquella cápsula de escape.

—Los sesenta y tres afortunados —añadió Champlain, asintiendo con aire grave.

—Afortunados —rió Shaw con un sonido amargo—. Afortunados.

* * *

Rin soñó que Jasper gritaba. Corrió y corrió y buscó, intentando encontrarlo. ¡Esos chillidos! Esos chillidos...

Esos chillidos eran reales, solo que no... no eran de Jasper...

Rin abrió los ojos de repente y vio las alas en el cielo del amanecer, aleteando. Aleteando y acercándose rápidamente. Saltó a por el AGR-14 de su padre, vio a Shaw correr hacia los mandos del *Matamoscas* y vio a Champlain ahí parado y boquiabierto.

—¡Suba! —le gritó, cogiéndolo por la chaqueta y arrojándolo al VAL con más fuerza de la necesaria, girando para vaciar un cargador sobre el primer muta que se ponía a su alcance, rogando mientras oía rotar las ametralladoras de Shaw.

* * *

El ataque se había compuesto de trece mutas, y tuvieron suerte de que no hubieran sido más. Rin frunció el ceño al pensar en lo que *una* sola de esas cosas podía hacer de estar suelta en su ciudad.

Habían abatido a tiros a los nueve primeros con bastante facilidad, y los dos siguientes habían sucumbido al láser, pero ya estaban demasiado cerca para un ataque con misiles, y los dos últimos habían llegado a contactar con el *Matamoscas*. Antes de que Shaw hubiera podido deshacerse de ellos con un golpe y acribillarlos, los dos bastidores de misiles quedaron hechos trizas.

Lo cual provocó la discusión.

—¡Querían cazarnos, Shaw! ¡Iban a por nosotros! —Rin cargaba su equipo en el VAL lo más rápido que podía. Había sido una locura intentar aquello. *Lo mejor que puedo hacer ahora es*

volver pitando a la ciudad e iniciar una evacuación, poner a la gente a salvo, pensó. Luego, con mucha suerte, cuando a Strong se le presenten diez mil refugiados a la puerta de su casa acabará moviendo el culo.

—¡Los mutas son cazadores! ¡Eso es lo que hacen! —gruñó Shaw, arrancando el último de los bastidores de misiles estropeados del *Matamoscas*.

—¡En grupos de dos, de cinco o de seis! ¡Los mató ayer! —gritó Rin—. ¡Nos están cazando a nosotros en concreto, y vamos a volver a la ciudad para poner a mi gente a salvo!

—¡Creía haberte dicho que te limitarás a lo que supieras, marshal! —bramó Shaw.

—¡Lo que sé es que no me voy a jugar la vida de mi gente solo para que pueda ir por ahí jugando al soldadito hasta que una de esas cosas se nos acerque lo bastante para liquidarnos! Vamos a volver...

Shaw disparó a su correa de transmisión. Un momento antes Rin estaba cargando un VAL funcional, un vehículo que había cuidado, reconstruido y mimado, del cual dependía para ir a casa y salvar a Rita y a Jasper, al doctor Beele y a todos los demás, y ahora estaba cargando sus pertenencias en un trasto inservible. Shaw había cogido el maldito laser de su entropierna y le había fulminado la correa de transmisión.

—Es un lunático. ¡Un maldito lunático, y conseguiré que nos maten! —farfulló Rin.

—¡Aquí lo único que va a morir hoy son esos bichos! He hecho saltar por los aires un centenar de espirales, y volaré cien más, y cuando estemos viendo ese forúnculo asqueroso consumirse en el suelo, nena, me agradecerás que yo haya tenido agallas cuando tú te rajabas. Ahora sube... Te remolcaré.

* * *

Y así fue como Rin se encontró en el cerro, observando cómo Shaw preparaba otro ataque furtivo. Había arrastrado el VAL a lo alto del cerro y lo había dejado al resguardo de unas rocas junto a una cañada empinada. Rin había venido porque el desierto eran tres días a pie y le era imposible llevar agua suficiente en la mochila... y porque ¿qué otra maldita cosa se suponía que podía hacer?

Champlain no había dicho nada desde el ataque matutino, y nada decía ahora, sentado en el capó y mordiéndose las uñas mientras abajo, en el valle, Shaw soltaba su señuelo: un pequeño planeador robótico de baratillo con una enorme sirena acoplada.

Rin apenas tuvo tiempo de pensar, *Señuelos. El muy cabrón tenía señuelos y aun así nos hizo atraer a la horda ayer*, y entonces todo se torció.

La horda salió a por el señuelo y lo persiguió unos instantes, pero, en cuanto Shaw echó a andar hacia la espiral, la nube se dividió en tres segmentos diferenciados y atacó.

Es un movimiento de pinza. ¡Lo han atrapado en una maldita pinza!, pensó Rin, y oyó a Champlain ahogar un grito.

Shaw abrió fuego con todo. Docenas de mutas caían acribillados o mutilados por las ametralladoras y el láser explosivo, pero por cada uno que abatía aparecía una docena más que se lanzaba chillando a por él.

—¡Lo van a matar! —gritó Champlain—. Tenemos... ¡tenemos que hacer algo! Mi aparato...

Buscó en su equipo y sacó aquel artilugio engorroso del tamaño de un balón de playa. —Por favor, ayúdeme a... —tartamudeó Champlain mientras abajo la horda castigaba al tambaleante goliath más rápido de lo que Shaw podía quitarse a los mutas de encima.

Oh, mierda, pensó Rin, y cogió el AGR-14.

Corrieron por el cerro junto a la cañada mientras Champlain toqueteaba su bomba de feromonas. Para consternación de Rin, comenzó a emitir un zumbido agudo.

Al instante, un grupo de tres mutaliscos alzó el vuelo y se fue como una centella hacia ellos.

Rin abrió fuego. Le perforó las alas a un muta y lo vio abrir un cráter salpicado de ácido, pero los otros no tardaron en echárseles encima.

Gujas dragón comenzaron a acribillar el suelo por delante de Rin. La marshal disparó, y se retorcieron y explotaron como palomitas de maíz en una sartén. Sintió que el ácido le salpicaba los tres últimos dedos de la mano izquierda, y luego un dolor atroz cuando la carne empezó a cocérsele y a caérsele.

—¡Ya casi tengo...! —gritó Champlain, y entonces un muta se abatió sobre él.

A Rin le pareció que el tiempo se ralentizaba cuando Champlain se echó atrás, intentando no ser cazado por el ovipositor. Vio con sorprendente claridad cómo al científico se le enganchaba un pie en una roca que sobresalía, observó cómo se le desplazaba el centro de gravedad, contempló cómo se aferraba de un modo imposible al aire...

... y lo vio desaparecer en la cañada.

Rin gritó y apretó el gatillo, sintiendo en el pecho un odio intenso hacia aquellas cosas, ¡aquellas cosas horrendas que no debían existir!

Sintió placer viendo cómo explotaba el muta más cercano al llenarle de púas el caparazón, y más placer al oír al otro chillar cuando la salpicadura le dio de lleno en la cara y cayó a su vez como una piedra.

Rin oía a Shaw maldiciendo por la pantalla de vídeo del lejano VAL mientras corría hacia el borde de la cañada.

—¡Champlain! —dijo entre dientes—. ¡Champlain! ¡Brad! —Abajo, el cuerpo de este yacía en una postura antinatural, inmóvil. *No hay modo de saberlo*, pensó Rin. *No puedo saber si está muerto.*

Se apoyó contra una roca y se mordió para reprimir el impulso de gritar, llorar, algo. Abajo, en el valle, el *Matamoscas* estaba cubierto, horriblemente cubierto, de alas con púas. Shaw luchó y luchó y se tambaleó bajo el peso cada vez mayor, y el ácido detestable de cada mutalisco reventado comenzaba ya a abrir una brecha en el puesto de mando, a penetrar el blindaje de la cabina y a escaldarlo a él dentro.

Rin sabía que Shaw estaba acabado. El número de mutaliscos era excesivo, demasiados por cada baja. Vio a Marcado volar en círculos sobre el destrozado, decadente y desesperado goliat con aquel hombre atrapado trágicamente en su interior. *¿Cuándo le puse nombre?*, se preguntó despreocupadamente. *Y, Dios mío, ¿nos va a matar a todos el estúpido gran pez práctico de Champlain?*

Marcado descendió. Los otros mutas se apartaron como ondulaciones en un estanque. Rin vio a Marcado hincar las mandíbulas en la coraza blindada medio desintegrada y arrancarla. Vio a Shaw expuesto a la pesadilla de su vida. Vio a Marcado lanzar su rugido ominoso a la cara de Shaw, "¡Tekeli-li!", y sintió un temblor bajarle por la espalda cuando Shaw se inclinó hacia delante en la cabina que sería su tumba y le devolvió el rugido bramando a pleno pulmón, un grito primal de furia dirigido a su torturador.

Fue un acto de valentía, y Rin sintió que le brotaba espontáneamente una sobrecogedora punzada de compasión y afecto por aquel odioso guerrero loco que los había condenado a todos, y fue en aquel momento de profunda afinidad cuando Marcado hundió violentamente una púa en el pecho de Shaw. Oyó el débil impacto, oyó el grito de Shaw terminar con un gañido húmedo, un ruido de ventosa, y supo que el frenesí de los mutas se debía ahora a un cadáver que se enfriaba, no a un hombre.

Estaba atrapada. *Mi única vía de escape es ese goliat. Pero está lleno de mutas. Aunque los apartara, está tan hecho polvo que me cogerían antes de dar diez pasos.*

El dolor de la mano iba a más. Rin se atrevió a echarle una mirada y tuvo una arcada seca, combatió las ganas de vomitar y se mordió el labio por el dolor.

Mientras esperaba a que se le pasaran las náuseas, Rin contempló la aborrecible espiral, Roca Yunque alzándose detrás de ella, y el festín tembloroso que antes había sido Shaw.

La sangre de mutalisco se vuelve altamente corrosiva al exponerse a la atmósfera, resonó en su cabeza. *Hay que aprovecharse de lo que quieren*, dijo la voz de Shaw ante la fogata. *Un mutalisco puede oler una sola gota de sangre en el viento a dos kilómetros de distancia.*

Rin imaginó que lo dejaba correr. Imaginó su pobre localidad turística abandonada. Imaginó a Rita y a Jasper solos cuando la horda se quedara sin jabalíes de pradera y murciélagos de caza y se dirigiera al oeste...

Solo tenía una posibilidad, y en realidad de posibilidad no tenía nada, pero la alternativa hizo que fuera la única que valiera la pena plantearse.

Con mucho dolor, Rin volvió tambaleándose al VAL y buscó en su petate el cuchillo láser que le había cogido prestado al doctor Beele. Se arriesgó a mirarse de nuevo la mano izquierda y vio que los dedos meñique, anular y corazón eran poco más que un amasijo burbujeante de desechos. Rin se puso la correa del petate entre los dientes y apuntó con el cuchillo a sus dedos inservibles.

Rápido, pensó, como una tirita. Mordió con más fuerza el cuero de la correa y sintió unas gotas de sudor bajarle por el cuello. *Uno... dos...*

Con un tajo brioso y en medio de un tufo a carbono, Rin se cortó los dedos por la base con el láser.

El dolor la atravesó como si se hubiera clavado el cuchillo en el estómago y la visión se le llenó de exasperantes puntitos. *No voy a desmayarme*, se dijo a sí misma resuelta, y casi partió la correa con los dientes mientras el mundo se le volvía a enfocar.

Abrió el maletero del VAL y sacó el viejo lanzagranadas AGG-12 de su padre. Pensó en la única granada castigadora que llevaba dentro, suficiente para matar, con suerte, a cinco o tal vez seis mutas agrupados. *Aun diezmada, la horda sigue siendo de sesenta y cinco como mínimo.*

La granada tenía veinte años, y Rin esperaba con toda su alma que el lanzagranadas aún disparara. *¿Cómo es que nunca tuve como prioridad comprar granadas nuevas?* En su oficina había por lo menos diez resmas de papel con membrete sin usar que podían haber sido perfectamente una granada extra. *Solo habría sido un formulario de pedido distinto*, pensó.

Esto no es bueno. Me estoy quedando grogui. Tengo que centrarme. Tengo que centrarme y echar a andar.

Lenta y silenciosamente, Rin se puso a avanzar dando un amplio rodeo a la espiral, al goliat caído y al Yunque. Sentía cómo se le evaporaba el sudor del cuello, sentía que su piel desprotegida comenzaba a chisporrotear a medida que el sol ascendía.

Por fin, *por fin*, llegó a la parte de atrás del Yunque.

Hasta que no llegó a la base de aquel sitio no se dio cuenta de lo increíblemente enorme que era. *Una magnitud que te hace sentir diminuta. Una magnitud que hace que te marees cuando miras arriba, incluso sin haberte automutilado instantes antes.* La magnitud le recordaba a Rin la nauseabunda sensación de los precipicios del desfiladero cerca de la ciudad.

No puedo escalar esta roca, pensó. Y luego pensó en Jasper y Rita, e insertó su mano cercenada en la primera grieta.

* * *

El sol le caía en la espalda mientras avanzaba palmo a palmo, aterrada, por el inmenso perfil de la altiplanicie. *Estoy cargando con un arma diseñada para gente que hace dos como yo y me faltan tres de mis mejores dedos, pensó. Perfecto para una principiante.*

Pero trepó.

Los chasquidos y repiqueteos de los mutaliscos desgarrando el cadáver de Shaw comenzaron a reducirse. *Por favor, chicos, comeos la vaca entera. No me hace ninguna gracia que me pillen colgada de esta mierda de roca como un racimo de uva.*

A media subida, el suelo comenzó a estar a una distancia mareante. Rin sintió que le subía la bilis. *No tiene sentido aguantarse.* Vomitó. Sabía que estaba aturdida, y ahora deshidratada, que se moría al sol.

Pero trepó.

Finalmente Rin posó la mano en la piedra plana y caliente como un horno de la cima (*¡Oh, Dios, sí!*), y pronto le siguió la otra mano. (*Arriba. ¡Arriba! ¡Aúpate, por favor!*). Y de repente había dejado de trepar.

Rin se deslizó más adentro, boca abajo, reacia a ponerse en pie, petrificada ante la idea de ver el horizonte. Se arrastró hasta el borde del Yunque (*¡No mires abajo!*) y apuntó con cuidado con el AGG-12: del Yunque a la espiral, de la espiral al goliat y a los huesos pringosos que allí quedarán. (*¡No pienses en eso!*).

Una oportunidad. No la cagues.

Luchando contra otro acceso de náuseas, Rin se puso los muñones de sus dedos entre los dientes y mordió.

Una nueva punzada de dolor, con la vista bailándole la conga. *¡No te atrevas a desmayarte!*, se gritó a sí misma. Un buen chorro de sangre, su propia sangre, irrumpió en su boca...

Atragantándose, jadeando, sin saber si reír o llorar, Rin asomó la cabeza por el precipicio...

... y escupió una bocanada de sangre al viento.

La reacción fue espeluznante: un centenar de alas ásperas desgarraron el aire con un sonido como el de un tren magnético al pasar. La horda se agrupó en torno a Marcado y se fue directa hacia Rin, quien agarró firmemente el lanzagranadas...

Todavía no...

El chirrido prestado de la mantis anhimidae de aquellas cosas le revolvieron las tripas a Rin. Eran cincuenta y ahora chillaban por ella. "¡Tekeli-li! ¡Tekeli-liiii!". Cada fibra de su ser parecía suplicarle que huyera.

¡Todavía no!

¡La distancia era cada vez menor! ¡A medio camino! ¡Y ahora a la mitad de la mitad! El remolino de alas tenía un solo propósito, un solo objetivo. La gran masa de carne zerg fluía como una única criatura ondulante...

Los mutas se habían apiñado. Apiñados en un horrible borrón en el cielo. Y mientras Rin miraba fijamente a aquella mole, una criatura desagradable se puso al frente de la columna: ¡una criatura con cicatrices alrededor de las fauces!

Rin respiró hondo, bajó la mira y disparó su única granada.

Bajo.

Demasiado bajo para alcanzar a aquel bastardo.

Demasiado bajo para rozar siquiera a la horda...

...pero con la trayectoria adecuada para deslizarse (*piruetear, en realidad*) con una grácil parábola...

...justo al interior del agujero de la parte superior de la espiral, por encima de la cual se amontonaba la horda.

En una fracción de segundo, la masa al completo desapareció en una gran salpicadura de baba corrosiva procedente de la espiral reventada y de los mutas que dormían dentro. Rin oyó sus estertores de muerte, vio alas y caparazones consumiéndose en el aire en una tormenta de entrañas tóxicas. *Olió* cómo morían los muy incautos.

Nada para matar a un grupo apiñado como un ataque de daño esparcido.

* * *

La bajada fue como una imagen borrosa de gateos y patinazos. El lado del Yunque que daba a la espiral no era tan empinado, pero Rin ya estaba desfalleciendo y viendo cosas que sabía que no podían estar ahí.

Cayó cuando le quedaban unos pocos metros para llegar al suelo...

...y la oscuridad se apoderó de ella.

* * *

Rin se despertó con el potoclón, potoclón de un goliath renqueante.

¿Dónde?, se preguntó pausadamente mientras el mundo volvía a enfocarse poco a poco.

A medida que recuperaba la consciencia, se dio cuenta de que estaba avanzando a trompicones en la cápsula científica del resoplante *Matamoscas*. Sintió un leve dolor en el antebrazo y se lo miró para descubrir una sonda intravenosa que le estaba suministrando nueva vida.

—¿Shaw? —murmuró sordamente, intentando encajar las piezas.

—¡Marshal Shearon! ¡Está despierta! —Estaba clarísimo que la voz no era de Shaw. Champlain estaba vivo, y conducía el goliat.

El profesor llevaba el brazo en cabestrillo y batallaba con una sola mano con unos controles con los que no estaba familiarizado. Aun así, cuando giró la cabeza como pudo para mirar a Rin, estaba henchido de orgullo.

Rin se sentó un poco más arriba y vio la mitad delantera de Marcado atada al chasis. Las entrañas del monstruo humeaban levemente, pero el tórax estaba intacto.

—Ha conseguido su premio. ¡Ya tiene su gran pez!

Brad se giró y le sonrió, y se subió un poco las gafas rotas con el dedo.

—Sí.

Rin soltó una carcajada profunda que le salió de dentro a borbotones como un río profundo, como si su cuerpo necesitara una forma biológica de decir: *¡Estoy viva!*

Y Brad se echó a reír también.

Y el *Matamoscas* se puso a zigzaguear como un borracho mientras Brad se desternillaba y se sujetaba los costados, y se rieron juntos.

Cuando pudieron volver a dominarse, Brad lanzó un bufido divertido: —Volví en mí cuando hizo estallar la espiral. O mejor dicho cuando provocó aquel ruido enorme. No sabía qué había pasado hasta que bajé de aquel barranco. Que no era fácil con un cúbito roto, pero lo logré. Y ahí estaban los dos, la marshal y el mutalisco, ahí tirados.

—Vaya, Brad Champlain —sonrió Rin—, mi héroe.

Rin volvió a mirar el cadáver humeante y suspiró.

—Supongo que el OEI eligió al científico adecuado. O sea, joder, tienen lo que querían y a mí solo me ha costado unos cuantos dedos.

Champlain detuvo el goliat, miró hacia atrás y se encogió de espaldas.

—No sé. Tal vez tendrían que currárselo un poquito. Tal vez deberían pagar algo a cambio. Algo como, digamos... ¿un par de torretas defensivas con misiles trueno?

Rin contempló la expresión traviesa en el rostro de Champlain y sonrió de nuevo.

—Lo que usted diga, profesor. Usted es el experto.

E iniciaron el regreso a casa.

Fin.